

Es creencia general que las ideas revolucionarias no habían trascendido durante el reinado anterior en Rusia, sino á los salones y á algunos emigrados convertidos en verdaderos occidentales. La reprehension triunfaba del espíritu humano, según el vulgar sentir. Y sin embargo, para conocer la inutilidad de la reprehension en el mundo, no hay como estudiar la ineficacia del despotismo en Rusia contra la fuerza de las ideas. Estos misteriosos rayos de luz habían atravesado todos los obstáculos. Volvíanse los espesos muros de la tiranía moscovita diáfanos, transparentes como el cristal. A cada paso descubriase una misteriosa sociedad republicana. Y en cada sociedad republicana tramábase una conjuración política. Mr. Liprandi, hablando de las descubiertas en 1849 y en 1850, en secreto informe decia: «Los discípulos de diversos colegios tienen perdida la cabeza. Embebidos en extravagantes sistemas, cada palabra, cada línea salidas de sus espíritus, respiran esas doctrinas perniciosas, cuyas terribles consecuencias ellos mismos no alcanzan.» En otro documento presentado al general Nabokoff sobre las mismas conjuraciones, léense estas palabras: «Abandonándose ciegamente á las utopías, créense llamados á refundir toda la vida social, toda la humanidad, prontos á convertirse en apóstoles y mártires de esta desdichada decepcion. Todo puede esperarse de tales gentes; ningun obstáculo les detendrá jamás; porque en su concepto no tra-

»bajan por sí mismos, sino por la humanidad; »y en sus trabajos no miran á lo presente, »sino á lo porvenir.» «Sorprendiome, decia »cierto oficial de la guardia, en visita hecha »á un sobrino mio de la escuela de derecho »de Petersburgo, hallarle entre las manos las »Contradicciones económicas de Proudhon. »Habiendo preguntado en tono severo como »se procurara semejante libro, lo he recibido »de mis camaradas, me respondió, todos lo »tienen.» Léese en el folleto firmado Iscander, este juicio: «La Rusia parece tranquila porque está inmóvil bajo un sudario.» En 1855 decia un pensador ruso: «No puede señalarse el día preciso del advenimiento de las ideas revolucionarias en Rusia; pero se acerca á más andar y revestirá una forma propia, la forma rusa.» Bakounine decia en uno de los folletos publicados despues de su cautiverio: «El pueblo ruso no se cree feliz. Gobernado por mano extranjera, por soberanos de origen germánico, que no comprenden ni las necesidades, ni el carácter del país, y cuya política, mezcla informe de mongólica brutalidad y de pedantismo alemán, excluye todo sentimiento nacional. De suerte que, privados de derechos políticos, no tenemos ni esta misma libertad natural, de que gozan los pueblos civilizados, y que permite al hombre vivir en armonía con su carácter indígena, reposar entre los suyos y abandonarse plenamente á los instintos de su raza.»

CAPITULO XXI.

LOS POETAS.

El espíritu moderno penetraba por todos los poros de la nacion rusa, de la raza eslava. Hay en las naciones una bella manifestacion de su actividad, la poesía, el arte, á cuyas cimas alcanza el primer albor de las ideas, cuando todavía duermen oscurecidas en el fondo de las conciencias. Por este medio, la raza eslava demostraba hasta en tiempo de Nicolás que no podia ser monstruosa excepcion sobre la tierra, que no podia arrastrar tanto tiempo el peso de sus cadenas cuando innumerables pueblos las han roto. Es verdad que los emperadores tienden la mano hasta sobre el fuego sacro de las ideas que anuncia la aparicion de nuevas leyes, como el fuego del Siná; pero tambien es verdad que se abrasa la sacrílega mano con que atentan al espíritu inmortal de la humanidad. La poesía misteriosa, velada; incierta como los ensueños, indecisa como los crepúsculos; encerrando en símbolos á veces oscuros sus ideas luminosísimas, y en alegorías deslumbradoras sus libres aspiraciones, revela al hombre la digni-

dad interior de alma, y con la dignidad interior de alma la existencia del derecho. Cuando las nacionalidades han muerto en la tierra, viven aun erguidas en la poesía. Los hijos de Israel, proscritos, bajo los saúces de Babilonia, á orillas de extranjeros rios, no se consolaban sino viendo el vuelo de la golondrina que traia en sus alas nuevas de la pátria, ó escuchando el canto de los profetas que traia en sus estancias verdades á la inteligencia, esperanzas al corazón, vida al espíritu.

El hombre, que personifica en su más alta expresion la revolucion literaria rusa, es Pouchkine. El romanticismo, que en Francia y en España, representaba la emancipacion, representaba en Alemania, por estos contrastes entre las razas que forman como la trama de la vida histórica, el retroceso. Era la escuela romántica entre nosotros, libre protesta contra el espíritu cortesano y tradicional de la literatura borbónica, llamada clásica, mientras era en Alemania franca reaccion contra las ideas de nuestro tiempo, y religio-

so culto á los tiempos de la Edad Media. En Rusia, el romanticismo tenia carácter análogo al carácter francés y español; en Rusia, era protesta viva contra el Estado germánico de la corte, é invocación elocuentísima al espíritu del siglo y al advenimiento de la libertad sobre los pueblos. Pouchkine fué romántico. En los albores de su romanticismo, no cantó, pues, la naturaleza, como la cantaban los poetas clásicos: Delille en Francia, Melendez en España; no cantó, como querian sus tiranos, los bosques de abedules y alerces; las estepas inmensas como el mar; la nieve vírgen, plateada por los rayos de la luna llena; las ondas del Báltico, ya celestes en los eternos días del verano, ya aprisionadas bajo el marmóreo hielo en las eternas noches del invierno; los horizontes polares, con sus rosadas auroras boreales de un esplendor indecible cuando los repiten y los descomponen los desiertos y las cordilleras de cristal; no cantó, no, esta naturaleza que continúa en sus movimientos, en su esplendor, en su belleza, aun cuando presencié el crimen, y que recoge y bebe en completa indiferencia la sangre de los mártires, y sostiene con su vivificante aire el pecho de los tiranos; cantó el espíritu con sus ideas, el espíritu con sus agitaciones, el espíritu que se hincha de tempestades interiores, y sale airado hasta escalar el cielo en pos de la justicia y de la libertad; y que cuando cae, rugiente de dolor y desesperación, no reconoce ni en Dios mismo autoridad y poder para robarle su derecho.

¡Cantar el espíritu en el seno de Rusia! Caro debía pagarlo el poeta. Segun unos historiadores, Pouchkine fué azotado antes de ser conducido al destierro. Segun otros, fué meramente proscrito al interior, y recluso en silencioso claustro. Allí devoraba su propio sér. El martirio del Titan, solitario en la cima del Cáucaso, era su martirio. A los ímpetus de la escuela romántica, sucedieron los dolores de Byron. Aquellos dolores punzantes, aquellas penas desgarradoras; la duda de lo

divino y humano, derramada sobre las heridas interiores del corazón y de la conciencia; la hiel, saliendo á borbotones del hígado, como de ánfora quebrada; la ironía fina, el sarcasmo amarguísimo; los tránsitos bruscos desde los éxtasis de los ángeles en mística oración á los juramentos de los campesinos en brutal embriaguez; toda aquella escala de la indignación, fustigaba la conciencia muerta de un pueblo tristemente esclavo. Su dolor, su duda, su amargura, eran el dolor, y la duda, y la amargura de su generación, que habia entrevisto la libertad en el cielo del porvenir, para caer herida bajo el látigo; bajo el Kout del pretoriano cosaco. Rusia gimíó por el poeta; Rusia se avergonzó de sí misma en la vergüenza del poeta.

Este llegó á crear una personificación de sus propios males, creando un tipo inmortal de su espíritu y del espíritu ruso; llegó á crear el tipo de Oneguine. Es admirable el talento de los poetas para poner en una sola persona el carácter de todo un siglo. Nuestro teatro español tiene de tal aptitud poética maravillosos ejemplos. El Segismundo de Calderon, nacido para rey, encerrado entre las bestias; puesto en las entrañas de áspera gruta, sin comunicación alguna con el género humano, condenado á envidiar la libertad del ave que cruza sobre su cabeza, y del pez que coletea á sus plantas, y del bruto de las selvas, y del arroyo sin espíritu; con menos albedrío que los séres materiales, personifica aquel pueblo español, que desde la cima del mundo, cayendo en miserable servidumbre, perdió bajo sus cadenas hasta el alma. Oneguine era también el tipo, también la personificación de Rusia y del espíritu ruso. Agil, y no puede moverse; inteligente y no puede pensar; con palabra, y no puede hablar; sediento, y no puede beber; hambriento, y no puede comer. Las facultades intelectuales y las facultades físicas, son en él completamente inútiles, hasta el amor parece vedado á quien solo ha de engendrar esclavos. Oneguine es la imagen de las generaciones, que nacen y mueren bajo el despotismo; ociosas para los más altos ministerios de la vida; inútiles en las esferas de la actividad humana; anhelantes por salir de su esclavitud pero sin acertar la salida; generaciones abortivas y yertas, para quienes la tierra es como vasto sepulcro, y la vida sin libertad, sin pensamiento, sin conciencia, como perpétua asfixia.

Esta persuasión de que eran todas sus facultades inútiles, llegó á infundir en el poeta una completa indiferencia entre la libertad y la servidumbre, entre el error y la verdad, entre la reacción y el progreso. ¿A qué aspiraría la piedra á la inteligencia? ¿A qué aspiraría al calor de la vida? Poco á poco toda aspiración fué ahogada en aquel corazón, toda idea fué muerta en aquella inteligencia, y el poeta quedó como la naturaleza, que produce la hermosura sin tener conciencia de producirla. Cantó, cantó; pero cantó en la olímpica indiferencia del arte por el arte. Cantó, cantó; pero cantó repitiendo las pasivas impresiones fugaces de todos los días, como repite el trasparente lago los objetos de sus orillas. No fué una idea reanimando la naturaleza y la vida, como debe ser la virtud poética, fué una máquina fotográfica repitiendo los hechos y las ideas que pasaban por los cristales de su mente. Nicolás llegó al total cumplimiento de sus deseos, el poeta se habia suicidado. En su triste suicidio maldijo el único elemento que le sostuviera contra la tiranía y que le auxiliara á soportar la soledad de su claustro; maldijo la opinión pública, triste reo de crimen horrible contra el género humano, maldiciendo su protector en la desgracia, su juez en el perjurio. Para el sentir de aquella alma desolada, cuando sacudia y atormentaba las cuerdas del arpa puesta por Dios en sus manos, el pueblo estúpido, indiferente, capaz de apreciar el Apolo del Belvedere por el peso del mármol y no por la hermosura de las líneas; el pueblo dormido en el barro de sus campos, con su

aliento de muerte como la cavidad de los sepulcros, le decia que su cántico era sonoro y ruidoso, pero vano y estéril como el viento; y á un pueblo así debía bastarle por todo regalo, no la poesía, don celeste, sino el calabozo de los déspotas, el látigo de los pretorianos y el hacha de los verdugos. En efecto, el látigo de los pretorianos habia mordido hasta el alma de Pouchkine.

Quando suscita naturaleza un poeta, y pone en su inteligencia ideas universales, en su corazón humanos sentimientos, alzándole á la esfera luminosa, donde todos los objetos se esclarecen y se vivifican en la luz de la hermosura, y todas las ideas se expresan y se encarnan deliciosamente en suaves armonías, lo suscita, le dá la inspiración, le confía el arte mágico de las formas; le pone en la voz melodiosa acentos, y en la mente la virtud del trabajo creador; le hace sensible y á veces hasta desgraciado, para que embellezca las noches de la vida como el satélite embellece las noches del planeta, y despierte nuevas almas como la primavera despierta nuevos séres, y difunda ideas en los senos de la conciencia como difunden aromas, miel la luz y el calor en las entrañas de la naturaleza.

Renegar hasta de su inspiración, nada podía serle tan beneficioso en la corte. Mandóle el déspota, no soldados que lo azotaran, cortesanos que le corrompieran. Acordóse de que todos los déspotas habian tenido junto á sí un génio; Filipo, Aristóteles; Augusto, Virgilio; Carlos V, Garcilaso; Luis XIV, Moliere, y quiso Nicolás tener su poeta, escogiendo á Pouchkine, que habia dado flexibilidad maravillosa á la lengua rusa, y que habia recibido los caudales de las ideas del siglo, evaporándolos en holocausto al despotismo. Así le nombró su chambelán. Todavía quedaba un resto de pudor en el corazón del poeta, y se resistió á semejante gracia. Pero Nicolás, resuelto á deshonorarlo, despues de oprimirlo, impúsole que